

IV. LA POÉTICA HEROICA DE *ISMAELILLO*: EL CAMPO DE BATALLA COMO ESPACIO LITERARIO

No lo lea una vez [*Ismaelillo*], porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí ni una línea mental. Pues, ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aún voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro en que volaran grandes aves blancas.

Martí a Diego Jugo Morales,
23 de mayo de 1882, VII, 270-271.

El presente capítulo hace una pausa en la secuencia diacrónica para dar cabida al proceso interno de creación martiana que fue tomando cuerpo desde su vertiginoso periplo NuevaYork-Caracas-Nueva York, hasta culminar en *Ismaelillo* (1882). Conforme a un enfoque sincrónico, se considera junto a este texto iniciador del modernismo poético hispanoamericano, el comentario metalingüístico del "Prólogo" a "El Poema del Niágara" de Pérez Bonalde, también de 1882, y la crónica dedicada a la muerte de Garfield del 1o. de octubre de 1881. Son textos coetáneos en los que el narrador deja traslucir sus premisas estéticas al denotar por una parte el encuentro intelectual con Emerson y, por otra, una entrañable visión cervantina. Posteriormente Martí comentará directamente sobre estas dos fuentes literarias en 1888, cuando escriba su elogio a las "Seis Conferencias" de José Varona.

El viaje de Martí a Venezuela marca un hito en su evolución intelectual y política, entre otras razones, porque constituye un acercamiento personal al campo de batalla sudamericano. Es un momento extraordinario de síntesis personal puesto que interpreta el lacerante resquebrajamiento de la hermandad latinoamericana, uniendo al desplazamiento geográfico hacia el sur una exigencia informativa que le lleva a examinar obras autóctonas, especialmente la recién publicada *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1880)* del historiador chileno Barros Arana, ya mencionada en el capítulo II. Martí consigna cuidadosamente sus juicios sobre la guerra y los coteja con los de esta obra en su *Cuaderno de Apuntes* número 13, como un deber reflexivo íntimo. Según ha indicado Rama, el adentramiento martiano en el subcontinente forma parte de un esfuerzo inquisitivo personal por entender la complejidad del fenómeno de la modernidad que se impone ante sus ojos. Al desencadenarse este proceso queda expandida para siempre su visión histórica y sienta las bases para formular su ensayo más integrador y profundo sobre nuestros países de 1891. Pero, juntamente con el proyecto ideológico de "Nuestra América" que irá madurando durante su larga estadía neoyorquina, Martí logra tempranamente en *Ismaelillo* una síntesis estética de las experiencias abigarradas y urgentes que de modo inmediato se le imponen en su corto pero revelador viaje a Venezuela. Entonces, el poemario que publica al regresar a Nueva York es de sumo valor no solamente porque inicia en castellano una expresión lírica de eximia virtuosidad estética, sino porque de alguna manera registra poéticamente en un lenguaje envolvente la experiencia de la lucha fratricida latinoamericana. Pensamos que el arduo testimonio de la guerra se filtra en el dictado lírico proyectándose como espacio literario y como mito bélico positivo. Para reconstruir este escenario prepoético, al que se suman en el emisor circunstancias de lejanía y desentendimiento familiar, es preciso recuperar en el otro extremo del circuito de la comunicación al Martí-receptor del discurso histórico de su tiempo. Es decir, se requiere examinar la lectura analítica de Martí del texto de Barros Arana, cuyo comentario completo incluimos al final de este estudio como "Apéndice A", texto que resulta ser la vertiente más empírica del acicate creativo (O.C. XXI, pp. 291-303).

Veamos primeramente el contexto diplomático sudamericano que condiciona la lectura histórica de Martí. Así lo describe Margarita Guerra:

Todo lleva a considerar que para 1881 Argentina denota reparos hacia el Perú y que si hay alguna posición favorable es a título personal, como el caso de Sáenz Peña quien está presente en Arica (7 de junio de 1880), o el de otros particulares, pero no una intervención oficial decidida que, sin embargo, mejora cuando se produce el cambio de régimen de ese año. Más bien es al norte, en Colombia y Venezuela, donde el Perú tiene mejor acogida. Así, para ese año de 1881 Colombia convoca un Congreso Panamericano, pero Chile se niega a asistir porque conoce las intenciones que guían dicha convocatoria y se adelanta a ellas al desistirse de la ratificación del convenio celebrado con aquella nación sobre arbitraje.¹

Pero es precisamente en Venezuela donde, a pesar que el gobierno dictatorial es adverso a los intelectuales nacionales y a la labor de Martí, se alza la voz de protesta continental en el tono y en el momento debidos. El libro de Francisco García Calderón reproduce parte del discurso del presidente Guzmán Blanco ante la caída de Lima, pronunciado mucho antes que el presidente paralelo peruano asumiera su cargo:

Nada me he atrevido a hacer oficialmente para impedir el escándalo inaudito de la guerra entre Chile, Bolivia y el Perú. He temido un desaire ofensivo a nuestra dignidad, del que no hubiéramos podido vindicarnos por la distancia y las dificultades materiales que nos interceptan.

Desgraciadamente Chile ocupa ya Lima, después de una gran batalla, más que grande, sangrienta.

El pueblo peruano ha luchado y lucha todavía heroicamente, con honor para el patriotismo de Sudamérica.

Os doy el pésame por la violación del gran principio de fraternidad americana.

Y como Jefe de Gobierno de Venezuela, denuncié en este documento la reivindicación del derecho de conquista y pido al Congreso, representante directo de la Nación, levante una protesta digna de nuestra gloria, y de la memoria de EL LIBERTADOR.²

¹ Margarita Guerra Martinieri, *La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991, pp. 268-269. Como se puede observar, la convocatoria de Blaine del 29 de diciembre de 1881 para celebrar un Congreso Panamericano en Washington, el 22 de noviembre de 1882 (y que finalmente se celebrará entre 1889-1890, donde nuevamente estará Sáenz Peña como uno de los delegados argentinos), no es originalmente una idea suya. Él la retoma oportunamente de Colombia para obtener los mayores dividendos políticos ante el público nacional e internacional.

² Francisco García Calderón, *Memorias del cautiverio*, Lima, Librería Internacional del Perú, 1949, p. 61.

Martí por su parte, al reflexionar sobre los esfuerzos del gobierno peruano para evitar la guerra en 1879, coincide con el presidente venezolano y hace el siguiente dictamen opuesto al que ve descrito en el texto de Barros Arana: hay en Nuestra América un hermano traidor:

Parece claro que si el Perú, ardiente y generoso, quería el castigo del pueblo patricida, su Gobierno prudentemente evitaba el conflicto. ¡Que el Perú, en aquel mes en que difería la respuesta, sólo buscaba aplazamiento [pa]ra prepararse! Pues con él, —¡no se lo daba a Chile! Pues si hubiera anhelado la lucha— hubiérale con un mes bastado para prepararse para ella. Ni qué cabía hacer en un mes, desprovisto como estaba para el cruento combate? Ni cómo había de imaginar, a pesar de los sucesos de Bolivia, que tal cosa espantosa fuese cierta? Porque dos pueblos de América merecen ser quemados por el fuego de Dios si vienen a guerra! y por dineros! y por minas! y por cuestión de pan y bolsa! Oh! Que fuera la ira látigo que flagelase, o barrera que cercase, o palabra que ennobleciese y conmoviese al hermano traidor! Traidor a su dogma de hombre, y a su dogma de pueblo americano!

Luego, con lucidez expone el carácter funcionalizado del texto:

Chile venía apeteciendo el territorio, poblándolo a su guisa, y poniendo la mira en el vejamen del pueblo peruano, —cuyas riquezas naturales, desdén del acumulamiento paciente de la fortuna, y brillo intelectual, como que son condiciones que ella no posee, envidia. Si con Bolivia era la que-rella ¿a qué ir a Lima, sólo porque el Perú protegía, como era natural, sus tierras de Tarapacá y pedía un mes [pa]ra declararse o no neutral; —y no ir a la Paz, donde estaba el gobierno vejador, perseguidor de los chilenos, arruinador de la Compañía de Antofagasta, —el dueño de los terrenos discutidos, el enemigo más cercano, y disputado del terreno discutido, —el perpetuo ofensor y burlador de los tratados y derechos chilenos; que así lo pinta Barros?

Martí, poseedor de un culto criterio histórico que le permite apreciar a cabalidad el perfil continental de los pueblos latinoamericanos, desenmaraña la distorsión académica de Barros Arana:

Bolivia fue [palabra ininteligible] pretexto, con el cual se recogió de paso Antofagasta; Perú el objeto real, en el que se iban a saciar, no tanto ansias de poseer las salitreras de Tarapacá, cuanto viejos celos y tenaces reenco-

res. El odio del fuerte al débil, odio misterioso e implacable; el odio del que envidia una superioridad de espíritu y una largueza de corazón que no posee. El odio del que no inspiraba simpatías hacia el que las inspira. El odio del mezquino al generoso: un odio grande.

Concluye su lectura con el siguiente comentario, en el que expresa su juicio total sobre los móviles ocultos del letrado emisor:

El libro de Barros Arana ha sido escrito para demostrar que ha tenido razón Chile: pues ése es precisamente el libro que convence de que no ha tenido razón Chile.

El libro de Barros Arana.

Yo entré a leer ese libro con una generosa creencia (prevención) de que, aunque las razones de abnegación y sentimiento pudiesen estar de parte del Perú, las razones prácticas a lo menos estarían de parte de Chile. Porque sólo se concibe lo racional, en tanto no se palpa lo monstruoso. El primer movimiento, al tener noticia de un crimen, es rechazarlo. Y una vez creído —explicarlo, si cabe, disculparlo—. Mas yo no creía que un pueblo se hubiera echado la responsabilidad tan grave encima— si no lo hubiera podido aligerar con causas visibles y capitales, de fuerza y de peso.

Como se procurará mostrar, esta evaluación del discurso histórico (probablemente el juicio más adverso que Martí haya dedicado a libro alguno) unida a su experiencia internacional, lo capacitan para revertir en la topografía estética de *Ismaelillo* el bilingüismo de las tradiciones literarias que confluyen en él: por un lado, la eticidad de la cepa cervantina y, por otro, el “meliorismo humano-cósmico” de Emerson. En su poemario pone el fruto de esta original simbiosis al servicio de la independencia cubana, entendida ya como proyecto americano. Así, la absorción vital e intelectual pero aberrante de la Guerra del Pacífico (que constituye parte de la realidad moderna que crudamente se le impone) resuena en su poemario caraqueño transfundida líricamente. Resurge a trozos para oponer al enmudecedor triunfo de las armas, un triunfo humano sustantivo y final. Martí, quien había sido visitado por el pequeño demiurgo emersoniano a su llegada a Nueva York en 1880, vuelve a entrever en Venezuela al niño desnudo. El semblante de su hijo ausente es el encargado de transformar la lucha fratricida mediante una poética guerrera donde se entabla una lidia superior entre las fuerzas ascendentes edificantes y las destructoras descendentes. Con

su espíritu batallador se interna en los restos humeantes del campo de guerra sudamericano. Según había anunciado en su discurso del 21 de marzo de 1881, llega a Caracas armado de amor: "Así, armado de amor, vengo a ocupar mi puesto en este aire sagrado, cargado de las sales del mar libre y del espíritu potente e inspirador de hombres egregios; —a pedir vengo a los hijos de Bolívar un puesto en la milicia de la paz".³

Es decir, instaure frente a la verdad contante y sonante de la conquista un tipo de certeza, no visto por sus modernos conciudadanos, similar al vaticinado por Emerson en 1841 en su ensayo "El hombre reformador", al evaluar otra gran adversidad: el debasamiento social inherente a la llegada de la era moderna industrial en Estados Unidos:

El amor dotará de un nuevo rostro a este agotado y viejo mundo en el que moramos como paganos y enemigos por tanto tiempo y reconfortará el corazón ver cuán rápidamente la vana diplomacia de los hombres de estado, la impotencia de los ejércitos, marinas y fuertes de defensa serán derrotados por el niño desarmado.⁴

Es en sintonía con este texto que Martí emplea la fórmula del *mejoramiento humano*, de otro ensayo emersoniano, "El joven americano", y la inserta tal cual en la misiva introductoria de *Ismaelillo*, dejándola resonar éticamente en toda la bóveda continental: "Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti".⁵

Asimismo, aferrado a la herencia cultural hispana y contra toda evidencia empírica, Martí transforma cervantinamente el campo de batalla. Mejor dicho, lo transfigura, no como el realismo mágico que sobrepone al discurso descriptivo de la narración otro maravilloso, sino que impone sobre el discurso fenoménico de lo que es, otro ético-ideal del deber ser. Entonces, no busca como el realismo mágico (cuando está bien logrado) encarnar la cultura de una región. Más bien, dentro de la

³ José Martí, *Obras completas*, 27 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, vol. VII, pp. 285-286.

⁴ Ralph Waldo Emerson, *The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, vols., Boston, Houghton, Mifflin and Company, Centenary Edition, 1903-1904, vol. I, pp. 241-242.

⁵ Martí, *Obras completas...*, vol. XVI, p. 17. Véase además, Emerson, vol. I, p. 372.

tradicción más castiza castellana, implanta un ideal noble. A la inversa de Cervantes, quien a través de Alonso Quijano ve aguerridos gigantes en vez de molinos, o enemigos en odres de vino, o a Dulcinea en una simple aldeana, Martí con su Ismaelillo repudia el entorno bélico latinoamericano y lo recupera como espacio mítico poético haciendo presente la beatitud innata del niño. Aunque su propósito es desarraigar del horizonte ético la mancha histórica de un pueblo fratricida, persigue un objeto similar al del protagonista castellano en la manchega llanura: usando las mismas armas antiguas brega ante los molinos de viento por quitar "tan mala simiente".⁶

El poemario de Martí al fundir el vocabulario militar y la figura del niño en un símbolo sólido y simétrico, pone la espada y el escudo al servicio de unificar Nuestra América y de la causa patriótica cubana, hechas ya ramas gemelas del proyecto de mejoramiento humano que circunnavega el continente. La figura del niño coagula poéticamente el valor perenne de la virtud en: "Príncipe enano" es espuela; en "Mi caballero" trueca cabellos en bridas y con sus pies espolea al padre; en "Musa traviesa" surge más vivamente el simbólico campo de batalla donde se entabla un frontal combate ético-social:

Pues ¿No saben los hombres
 Qué encargo traen?
 ¡Rasgarse el bravo pecho,
 Vaciar su sangre,
 Y andar, andar heridos
 Muy largo valle,
 Roto el cuerpo en harapos.
 Los pies en carne,
 Hasta dar sonriendo
 —¡No en tierra! —exánimes!⁷

El padre, lúcido testigo, gestiona un recomienzo subcontinental entendiéndolo como rito benéfico de iniciación personal. Ve al niño en pleno combate y "en vez de acero, de pluma armarse". Y luego, es

⁶ Don Quijote reconviene a Sancho: "Que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra". Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Juventud, 1967, vol. I, p. 81.

⁷ Martí, *Obras completas...*, vol. XVI, p. 27.

el infante quien alerta al padre sobre una realidad mayor, más consistente que la impuesta por la discordia:

En su incólume seno
Bulle triunfante:
¡Hete aquí, hueso pálido,
Vivo y durable!
¡Hijo soy de mi hijo!
¡Él me rehace!⁸

Un desdoblamiento del lenguaje simbólico militar se hace cargo de contrarrestar y finalmente aniquilar el contorno monetarizado y mercantil de la época. En “Mi reyecillo”, el padre se reconoce vasallo del niño y no del “Rey amarillo”. El guardiancillo de “Hijo del alma”, a quien sale a buscar en “Amor Errante”, le vuelve hacer presente al padre, en su identidad cubana, una penosa marginación histórica, pues aún no puede “verter su sangre”:

Las olas buenas
A ti me traen:
Los aires frescos
Limpian mis carnes
De los gusanos
De las ciudades;
Pero voy triste
Porque en los mares
Por nadie puedo
Verter mi sangre.

Y termina exclamando:

¡Libres de esclavos
Cielos y mares,
Por nadie puedo
Verter mi sangre!⁹

⁸ *Ibid.*, p. 31.

⁹ *Ibid.*, pp. 39-40.

Pero, sin duda, el poema más castellanamente belicoso es "Tábanos fieros",¹⁰ donde ingresamos a un espacio mítico que superpone el campo de batalla al peatonal de la ciudad moderna. Ambos, como en el escenario de la guerra real a fines de siglo XIX, resultan ser interdependientes. El choque de aceros, producto de los tiempos modernos, suscita en Martí una respuesta poética que lo explica y lo integra con sentido en la lectura histórica. Entonces, como lector-escritor entra en batalla: reasume estéticamente en *Ismaelillo* los datos de origen urbano (la diplomacia, el comercio y la guerra internacionales) para erigir un encargo ético. En un nivel ideológico y también figurativo, el *mejoramiento humano*, hecho arma de combate, descarga desde un flanco inexpugnable su dinámica interna de desbestialización. A partir de entonces el recurso a la figuración animal quedará como característica permanente de toda su obra. En el presente caso proyecta un desafío:

Venid, tábanos fieros,
 Venid, chacales,
 Y muevan trompa y diente
 Y en horda ataquen,
 Y cual tigre a bisonte
 Síttienme y salten!
 ¡Por aquí verde envidia!
 ¡Tú, bella carne,
 En los dos labios muérdeme:
 Sécame: máñchame!
 ¡Por acá, los vendados
 Celos voraces!
 ¡Y tú, moneda de oro,
 Por todas partes!
 ¡De virtud mercaderes,
 Mercadeadme!
 ¡Mató el Gozo a la Honra:
 Venga a mí,—y mate!

¹⁰ Resulta oportuno recordar la definición militar de tábano. Según el *Diccionario de la Real Academia* es un "insecto que molesta a las caballerías". En su ensayo "Emerson", de comienzos de 1882, Martí ya se había referido a esta imagen animal: "[Emerson] ...se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos", Martí, *Obras completas...*, vol. XIII, p. 19.

En la estepa latinoamericana, abierta ya a múltiples resonancias, el cúmulo de fuerzas negativas adversas son molinos de viento, erguidos como gigantes cervantinos. Haciéndonos partícipes de un rito poético continental, el narrador nos obliga a deshacernos de nuestra levita moderna antes de incursionar en la cataclísmica "tierra rota". El combate se lleva a cabo no bajo el sol sino al funesto brillo de los cortantes hierros, que son a la vez rojos relámpagos que la niebla taján:

Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro
Nieves radiantes:
Como gotas de lluvia
Las nubes lancen
Muchedumbre de aceros
Y de estandartes:
Parezca que la tierra
Rota en el trance,
Cubrió su dorso verde
De áureos gigantes:
Lidiemos, no a lumbre
Del sol suave,
Sino al funesto brillo
De los cortantes
Hierros: rojos relámpagos
La niebla taján:

En el espacio simbólico del bestializado averno latinoamericano, el soldado sangra y los tábanos¹¹ que chupan la sangre de otros animales avanzan amenazantes junto con áspides y chacales. Sin embargo, el encuentro, que por momentos bordea el espanto del canibalismo, se traslada al aire, donde el tábano terco, como molino, hace zumbir sus gigantes aspas volantes. La presencia protectora del niño le hace sentir al padre-narrador la inevitable victoria:

¹¹ Nuevamente: "Insecto díptero de la forma de la mosca y de tamaño mucho mayor, que chupa la sangre de otros animales", María Moliner, *Diccionario del uso del español*, Madrid, Gredos, 1967, p. 1245.

Cíñame recia veste
De amenazantes
Astas agudas: hilos
Tenues de sangre
Por mi piel rueden leves
Cual rojos áspides:
Su diente en lodo afilen
Pardos chacales:
Lime el tábano terco
Su aspa volante:
Muérdame en los dos labios
La bella carne:—
¡Que ya vienen, ya vienen
Mis talismanes!
Como nube vinieron
Esos gigantes:
¡Ligeros como nubes
Volando iránse!

Armado con la fuerza ideal del niño el padre doblega descomunales enemigos dentados, quienes huyen como nube de tábanos, dejando limpio y con humillo fragante el campo de batalla. El espacio reconquistado vuelve a ser *locus amoenus*. La derrota muerde el polvo como un buitre y el padre encuentra sosiego sonriente en el arroyo amable:

Ya miro en polvareda
Radiosa evaporarse
Aquellas escamadas
Corazas centelleantes:
Las alas de los cascos
Agítanse, debátense,
Y el casco de oro en fuga
Se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
Sobre la hierba arrástranse,
Cual sierpes de colores,
Las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
Sus grietas colosales
Y echa su dorso verde
Por sobre los gigantes:

Corren como que vuelan
Tábanos y chacales,
Y queda el campo lleno
De un humillo fragante,
De la derrota ciega
Los gritos espantables
Escúchanse, que evocan
Callados capitanes;
Y mésase soberbia
El áspero crinaje,
Y como muere un buitre
Expira sobre el valle:
En tanto, yo a la orilla
De un fresco arroyo amable,
Restaño sonriendo
Mis hilillos de sangre.

Pero lo que creíamos una retirada definitiva del agigantado ejército enemigo no ha sido sino preámbulo del gran combate. El padre-soldado, después de agotarse como guerrero, es relevado por el niño quien finalmente vence rotundamente. Aquél, convertido en espectador sereno, ve ante sí la victoria del niño, evocada con los vocablos más activos de su cantera literaria. Exclama con auténtico gozo:

¡No temo yo ni curo
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas
Ni vírgenes voraces!
Él vuela en torno mío,
Él gira, él para, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y a siniestra
Mandobla, quiebra, esparce;
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido

De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes;
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—

La raíz del gozo sereno es el anticipo intuido de una certeza epistemológica. Indica la presencia de una verdad invisible a punto de materializarse. El niño guerrero culmina su transformación al convertirse en un insecto antitético. Es decir, no es un tábano chupador de sangre sino abeja. Es la simple pero luminosa abeja quien pulveriza y anula las fuerzas del mal, al restituirlas en el espacio destrozado al cosmos solidario, ameno, glorioso y dulce del Edén americano:

Él como abeja zumba,
Él rompe y mueve el aire,
Detiénese, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza;
Y sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Que va a ese arroyo amable
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
¡Caballeruelo mío!
¡Batallador volante!¹²

¹² Martí, *Obras completas...*, vol. XVI, pp. 43-48.

Es así, al evocar poéticamente un personaje oriundo, incorrupto, incorruptible y creador como Martí quien da forma artística a la experiencia de la guerra fratricida latinoamericana y la integra como mito poético en su existencia de revolucionario e intelectual nómada. La fe martiana en el *mejoramiento humano*, que corona el poemario, es parte del *mejoramiento en la naturaleza*, cuya fórmula poética consignó reiteradamente en su obra tanto en inglés como en castellano: “And striving to be man, the worm/ Mounds through al spires of form”. Dentro de la dinámica ascendente, los tábanos y chacales son los heraldos de la existencia baja y bestial. En el otro extremo de la comba ético-evolutiva se encuentran los seres alados quienes materializan y acendran la hominización. La centralidad del concepto de “melioration” ha sido señalada por Frederick Carpenter en su “Introducción” a la obra seleccionada de Emerson:

Emerson nunca llegó a formular ninguna explicación de la unidad cimentante que percibió por debajo el dualismo de la vida; pero dentro de su propia visión incorporó dos teorías que muestran cómo la hubiera llegado a plantear [...]. La primera de ellas es la de emanación [...] La segunda, que describe la evolución gradual de la vida desde la materia inanimada hacia la animada y hacia las formas más altas, hasta florecer en la inteligencia humana, también parece que le fue especialmente apta para confirmar su idea de progreso o melioración [mejoramiento]. En el motto poético de *Nature* escribió: “And striving to be man, the worm/ Mounds through all spires of form”.¹³

Es sorprendente constatar cómo Martí aquilató con cabalidad la importancia de esta fórmula poética recién llegado a Estados Unidos en 1880. Al ir todavía más lejos, como Whitman, se dio cuenta que Emerson la llevó a su máxima expresión en el ensayo “The Poet”, donde el gusano no sólo se hominiza sino que se personifica y actualiza en una conciencia lúcida, capaz de conjurar a través de la voz las posibilidades más nobles del hombre. En 1842 en los albores de la Revolución Industrial norteamericana, Emerson borró la tradicional distinción del pensamiento occidental contemporáneo entre el yo, la so-

¹³ Frederick I. Carpenter, *Ralph Waldo Emerson*, Nueva York, American Book Company, 1934, pp. xxxiii-xxxiv.

ciudad y la naturaleza, al instaurar la figura del poeta nativo. Cuando leyó el siguiente texto donde la metamorfosis vegetal y animal alcanzan la etapa más alta de la condición humana, Martí consumó su propia conversión estética de ser alado:

El ingenio es la actividad que repara el decaimiento de las cosas, ya sean parcialmente de naturaleza material o finita. Nadie se ocupa de plantar al simple hongo, por eso, ella [la Naturaleza] deja caer una laminilla de una de las innumerables esporas de un agárico. Preservando una de ellas transmite millones de nuevas esporas mañana o al día subsiguiente. El nuevo agárico presente posee ciertas posibilidades de las que el anterior carece. El átomo de semilla arrojado a un nuevo lugar no queda sujeto a los accidentes que destruyeron a su padre, dos varas más allá. La naturaleza hace a una persona y, habiéndola traído a edad madura, nunca corre el riesgo de dejar extinguir un portento tal así de golpe, sino que desprende de ella un nuevo sujeto, cuya calidad queda inmune a los accidentes a los cuales la persona mayor había quedado expuesta. Así que cuando el alma del poeta ha adquirido la madurez de pensamiento, se desprende y echa de sí poemas y canciones—una progenie intrépida, vigilante, inmortal, no expuesta a los accidentes del desgastado reino del tiempo; un intrépido, vivaracho retoño provisto de alas (tal fue la virtud del alma del que provienen), las cuales los llevan rápidamente y lejos para dejarlos indeleblemente grabados en los corazones de los hombres. Esas alas son la belleza del alma del poeta.¹⁴

Emerson plantea en este mismo texto que la poesía es una de las actividades más humanas porque elimina toda mediación y fluye “de corazón a corazón”. Llevado de esta convicción, Martí (padre-narrador) inaugura el modernismo poético latinoamericano al concluir su breve misiva introductoria a *Ismaelillo* con una paráfrasis del discurso inglés: “Estos riachuelos han pasado por mi corazón. ¡Lleguen al tuyo!”.

Por otra parte, *Ismaelillo* está naturalmente ligado al texto martiano más netamente metalingüístico de este mismo año 1882: el “Prólogo” a “El Poema del Niágara” de Pérez Bonalde. Como se verá en el

¹⁴ Emerson, *op. cit.*, vol. III, pp. 22-23. Whitman asistió a la conferencia pronunciada en Nueva York el 5 marzo de 1842 y la reportó el 7 de marzo en el *Aurora*, para el que trabajaba, como “una de las más ricas y hermosas composiciones que jamás hayamos oído en cualquier tiempo y en cualquier lugar, tanto por su contenido como por su estilo.” El poeta americano es visto por Emerson como un nuevo Adán. Véase Jerome Loving, *Emerson, Whitman and the American Muse*, Carolina del Norte, University of North Carolina Press, 1982, p. 10.

capítulo V, éste fue anunciado al público estadounidense por *The Nation*, el 18 de octubre de 1883. El texto es valioso, no sólo porque constituye el mayor manifiesto literario de Martí, sino porque une en un mismo momento creativo la teoría (el “Prólogo”) y la praxis poética (*Ismaelillo*). Veamos las resonancias.

Por el alcance que Martí da a sus palabras se entiende que el objeto del “Prólogo”, desde su inicio, no es comentar únicamente el texto de Bonalde al cual precede, sino exponer una poética o un *ars* creativo, evaluando con firmeza el estado de la expresión lírica latinoamericana a fines de siglo. Martí sin demora nos pone nuevamente en contacto con una poética militante, donde el sujeto desafía un adversario sobrehumano. Nosotros, cual Sancho, escuchamos el encargo heroico:

Y si me preguntas más de él [el autor], curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro —porque éste es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira —y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba de sobrada grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.¹⁵

Puesto que entrar a escribir es entrar a batallar, la pluma de Martí salta al examen de la sociedad. Le desvenda su llaga espiritual. Sin dejar de personificar constata que el horizonte ético yace completamente cerrado: “¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!”¹⁶

Según Félix Lizaso, Martí terminó de imprimir *Ismaelillo* en abril de 1882, el mismo mes de la muerte de Emerson. No es de extrañar, entonces, que su “Prólogo” se abra a ese modelo humano para perennizarlo. Dentro de la tradición más clásica, el sonido del lenguaje humano es eco del pecho del poeta; a través de sus palabras habitamos en él y asistimos a su batalla interior. La voz del poeta-soldado enuncia desde el recinto del sufrimiento, entendido como la capacidad de responder con entereza al combate humano del momento. Así, el espíritu

¹⁵ Martí, *Obras completas...*, vol. VII, p. 233.

¹⁶ *Loc. cit.*

templado en la agonía (lucha) vislumbra una epifanía luminosa. El espacio interior se torna olimpo donde los personajes míticos femeninos y masculinos evocan a un Emerson glorioso y ejemplar. De algún modo vislumbramos también a un Quijote posbélico inmenso y vencedor. En ese contexto Martí recurre nuevamente al animalismo dentado. Siguiendo su técnica antropomorfizadora vocaliza sentencias, adopta la voz sonora del celeste soldado cívico emersoniano:

Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni el cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. ¡Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra —y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡Qué gusto en el pecho! ¡Qué demandar lo que no viene! ¡Qué no saber lo que se desea! ¡Qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite del alba!¹⁷

En un mundo del velocípedo donde “los ferrocarriles echan abajo la selva [y] los diarios la selva humana”, Martí afirma incólume un ideal. Y en los albores del tiempo más desacralizado de la historia se empeña en ver lo que nadie ve. Contra todo el conglomerado moderno, cual solitario filibustero, proclama la poética de la indestructibilidad: “Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras”.¹⁸

Pero Martí nunca llega a extraviarse en los vericuetos de la metafísica. Si lo creáramos distraído nos vamos a desengañar. Lanza sereno un anatema continental en plena Guerra del Pacífico: “La guerra, antes

¹⁷ *Ibid.*, p. 225.

¹⁸ *Ibid.*, p. 227.

fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen”.¹⁹

Luego, sin asomo de vergüenza, habla del futuro mejor como si lo estuviera tocando: “La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza”.²⁰

Entonces vuelve implacable a clavarse en la realidad, remeciendo el lugar donde se instala: “Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse”.²¹

Como Cervantes a través de Don Quijote, Martí-narrador, confunde en forma sublime el campo de batalla con la ira generosa y el ardor creativo. El mundo no se impone al espectador sino el espectador al mundo y, henchido de valor, busca la lidia pues es esclavo de una musa combativa. Ante el poeta aguerrido, heroico y nómada las cataratas del Niágara se abalanzan como un gigante vivo:

Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estrados animados de público tremendo, ni ve premio. Corre cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. ¡Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!²²

Honesto, siempre dejando huella del proceso intelectual que lo guía, explica en este “Prólogo” la propia alquimia literaria de *Ismaeillo*: “Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza”.²³

Al final de su exposición llega el momento de hablar de las esencias. Para ello, concretando, recurre al discurso didáctico. Revela no una fórmula poética sino un fragor intuitivo. No hay nada más real que una batalla. No hay mayor poesía que el trigo; el trigo militante:

No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdadera-

¹⁹ *Ibid.*, p. 228.

²⁰ *Ibid.*, p. 229.

²¹ *Ibid.*, p. 230.

²² *Ibid.*, p. 232.

²³ *Ibid.*, p. 233.

mente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que ni ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas las armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.²⁴

En un nivel más abarcador, si seguimos las pautas martianas de lectura y las aplicamos a su obra, habría que volver a reunir la poesía a la prosa, pues ambos géneros se apoyan, no principalmente en cuanto a la forma, sino en cuanto al contenido. Martí exégeta había observado esta convergencia al leer la obra de Emerson: "él no construía mundos mentales, él no ponía voluntad y esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa son como ecos".²⁵ Entonces, desmontando por razones de estudio los diferentes estratos de la producción literaria, encontramos que vecino al lenguaje poético de *Ismaelillo* (y su hiper texto prescriptivo y metalingüístico del "Prólogo") se encuentra el de la crónica, donde se empozan apoyándose como en dialéctica el discurso ético y el fenoménico.²⁶ Al regresar Martí a Nueva York, inicia los reportajes periodísticos para *La Opinión Nacional*. Convendría rastrear los rasgos de la poética martiana en la crónica neoyorquina, inmediatamente anterior a la publicación del poemario, cuyo comentario más sobresaliente es el dedicado a la muerte de Garfield, ocurrida el 19 de septiembre, texto ya mencionado en el capítulo III.

Como se sabe, Martí escribió más de una vez sobre la muerte del presidente. Sin embargo, el texto más logrado, el del 1^o de octubre de 1881, reporta sobre ella imponiendo al discurso fenoménico (del "ser" del evento) "Garfield ha muerto", otro, de carácter ético (del "deber ser"). Es decir, vuelve a salir a la luz, en un contexto discursivo diferente, el encargo del fragmento prosístico que preside *Ismaelillo*. Proyecta el mensaje de "la utilidad de la virtud" ante el público latinoamericano, esta vez por medio de los vendedores callejeros de periódicos. Formula un diagnóstico finisecular:

²⁴ *Ibid.*, p. 235.

²⁵ *Ibid.*, vol. XIII, p. 19.

²⁶ Sincrónicamente con *Ismaelillo* se sitúan también los textos de julio de 1881 de la *Revista Venezolana*. Ellos merecen comentario aparte como proyecto literario, pues funcionan de coda a la producción literaria de este año.

Cuando se es testigo de las grandes explosiones de amor de la humanidad se siente orgullo de ser hombre: así como, cuando se es testigo de sus postraciones o su furia, da vergüenza de serlo. La muerte es útil: *la virtud es útil*: la desgracia es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla. Y la tierra va camino de ventura, porque ya las coronas de los reyes descansan sobre el féretro de los trabajadores. El siglo último fue el del derrumbe del mundo antiguo: éste es el de la elaboración del mundo nuevo. He ahí si no, trémulos y conmovidos a todos los humanos, y enlutados los tronos, y entornados los palacios de los monarcas, y arrodillada la nación más numerosa de la tierra, ante un ataúd humilde, en que descansan las palmas del martirio, sobre un hombre que se compró sus libros de griego con el producto de las maderas que cepillaba, y ha muerto, dueño de unas de las famas más límpidas del orbe, bajo la rotonda del Capitolio de Washington. Garfield ha muerto.²⁷

Luego reporta el carácter fenoménico, descriptivo, de esta última sentencia: “Murió el 19 de septiembre antes que mediase la sombría noche; y desde entonces, no han cesado la admiración, las muestras de ternura, de veneración y de congoja. La ciudad, las ciudades todas de la Unión están colgadas de negro; y las almas”.

En el mismo párrafo, vuelve al discurso ético para tonificarlo. Otra vez, como en *Ismaelillo*, prefigura la batalla, pero ahora es en el emponzoñado espacio urbano donde actúa una zarpa destructora bestial. La acción proviene de un espacio cerrado a la virtud:

Un mártir es como un padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere: así están todos en esta tierra, como si hubiesen perdido a su padre o a su hermano. A este hombre [Garfield] lo ha matado un elemento oculto, que obra poderosamente contra las fuerzas de la construcción, entre las fuerzas de destrucción de la humanidad: un elemento rencoreso, inteligente e implacable: el odio a la virtud.²⁸

Entonces, profundiza en la poética de la indestructibilidad del soldado marcial, que ya había celebrado en *Ismaelillo*. Martí en su escritura oposicional deja que el “animalismo” culebree en el texto cuyo paradigma ideal posee una coraza guerrera de carácter ético:

²⁷ *Ibid.*, p. 199. El subrayado es mío.

²⁸ *Loc. cit.*

Yo lo escribí una vez en uno de esos libros tristes que no se publican jamás, porque no deben publicarse sino los libros briosos y activos, que fortifican y abren paso: "¡Virtuoso, tú serás odiado!" El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya; el perezoso, al laborioso; el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad, y, como mago a serpiente, la seduce, la duerme y la domina. Los impacientes odian al paciente; los soberbios que anhelan un premio exagerado y prematuro a condiciones que no cultivan, ni utilizan, ni riegan, execran y persiguen a los mansos que han labrado sus recompensas con sus virtudes, su fama con su esfuerzo, su gloria con sus dolores. La ventura es un premio, no un derecho: no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla.²⁹

Si precisamos aún más se descubre que dentro del discurso ético se divisan dos planos narrativos ligados, a su vez, en forma dialéctica. Mientras se describe la agonía y muerte del sujeto [Garfield], un discurso subyacente del encomio se alterna con otro didáctico y revelador del yo. Entonces, por un lado, la loa al agonizante queda expresada en el momento mismo de la muerte: "¡Oh, qué misterio! Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, ¡dulce premio!"³⁰

Y, por otro, el discurso didáctico (anagnórico) domina la enunciación y el narrador da a conocer desde su yo una evaluación moral frente al público curioso congregado por el evento. La resonancia verbal llega hasta los vecindarios de la ciudad:

A tiempo viene este dolor inmenso a igualar en este pueblo negociador, la vida espiritual enferma, y la vida mercantil, sana en su medida natural, pero, fuera de ella, petrificadora y corruptora. Piérdense las vidas empleadas en el amor de sí propio; y en el recuerdo eterno cuéntanse sólo aquellas confundidas en dolor y amor, y en faena y en lágrimas con los demás.³¹

Esta dialéctica interior del encomio y la didáctica, elementos pares que sostienen el discurso ético del narrador ante la América moderna,

²⁹ *Ibid.*, p. 200.

³⁰ *Ibid.*, p. 202.

³¹ *Ibid.*, p. 206.

tiende a resolverse en una conjunción final evocando la voz de Emerson. Como en el "Prólogo" a "El Poema del Niágara" el texto se abre al personaje mítico. Esta vez visualiza a Emerson meses antes de su muerte como "anciano bondadoso", magnificado y disuelto en la naturaleza montañosa latinoamericana:

¿Qué voz secreta habla a los hombres? ¿Qué anciano bondadoso se sienta todas las noches a su cabecera y guarda su sueño? ¿Qué monarca sabio, sentado en el cielo, gobierna a las naciones? ¿Quién mueve a su merced las corrientes impetuosas de la vida humana, y enfurece a los hombres y los calma, y cierra las puertas de su corazón, y las abre después a las palomas? ¿De qué manto resplandeciente y maravilloso son ondas las nubes? ¿En qué mano ciclópea, nudosa como una cordillera de montañas, residen las riendas de los hombres?³²

En efecto, el entramado que sostiene todo el proceso de escritura y trenza el reporte informativo y el discurso ético, hace presente en su marcha, completamente descarnado, el cogollo de la noticia. La relación de la autopsia practicada al cadáver de Garfield es un ejemplo exacto de cómo Martí, que cabalga entre dos mundos, antes de hacer el verso se gana el pan como periodista (o contador), al emplear como apoyo documental la prensa de la ciudad en que vive.³³ Así se lo dirá posteriormente a su censor argentino Bartolomé Mitre y Vedia. En el momento presente, emplea el texto inglés de *The Nation*, que a su vez reproduce el informe de la autopsia aparecido en los periódicos:

The autopsy performed on Tuesday revealed a wholly unexpected and unpredicted course for the fatal bullet. Entering the back at the right side, it fractured the eleventh rib, passed through the spinal column in front of the spinal canal, fractured the body of the first lumbar vertebra, sending small fragments into the adjacent soft parts, and then lodged below the

³² *Loc. cit.*

³³ Alude al tema en el poema "Hierro" de *Versos libres*.

Ganado tengo el pan: hágase el verso,

Y en su comercio dulce se ejercite

La mano, que cual prófugo perdido

Entre oscuras malezas, o quien lleva

A rastra enorme peso, andaba a poco

Sumas hilando y removiendo cifras. (Martí, *Obras completas...*, vol. XVI, p. 141.)

pancreas, about two and one-half inches to the left of the spine and behind the peritoneum, where it became completely encysted. The wound was of a nature to ensure death, and had the locality of the ball been known, any attempt to extract it would have been futile. Hemorrhage from one of the arteries adjoining its track, rupturing the peritoneum, was the immediate cause of the President's death. The suppurating channel treated as the track of the ball was due to the burrowing of pus.³⁴

En su atareado despacho castellaniza el texto noticioso inglés que recorta de la prensa neoyorquina. Describe fotográficamente Martí:

Lo que se había creído huella de la herida, y estación de la bala, era un canal de pus. La causa inmediata de la muerte, revelada por la autopsia, fue hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas que estaban en el camino del proyectil matador. La sangre rompió el peritoneo, y se vació, como en un cuarto de litro, dentro de la cavidad abdominal. La bala, que había burlado todas las ciencias de los hombres, y los aparatos que la persiguieron, apareció enquistada bajo el peritoneo, como a dos pulgadas y media a la izquierda de la espina. Rompió la piel, fracturó la costilla undécima derecha, pasó a través de la columna espinal, enfrente del canal espinal, fracturó el cuerpo de la primera vértebra lumbar, arrastró a las partes blandas adyacentes gran número de esquirlas, y se alojó después de su devastadora carrera, bajo el páncreas. Con ella iba el decreto de muerte del herido.³⁵

Este plano de estricto tenor informativo y verdadera horma inglesa, converge y vuelve a disolverse en el discurso ético con el que finalmente concluye la crónica. Sin olvidar su vertiente ismaelita-cervantina, Martí hace presente de nuevo la figura heroica, al reproducir un espacio mítico en el que se entabla agigantado combate. Aunque físicamente derrotado ha vencido otra vez el amor:

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeños maguas³⁶ que chocan y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo. La

³⁴ *The Nation*, 22 de septiembre, vol. 33, p. 244.

³⁵ Martí, *Obras completas...*, vol. XIII, pp. 204-205.

³⁶ Martí define la acepción de esta palabra en otro contexto como desencuentro repentino: "Allí le hubiera explicado lo que los cubanos llamamos *magua*, que es ir a un hotel en busca de amigos, y encontrarse con una nota volante de adiós". *Epistolario*, vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, vol. II, p. 240.

tierra, gigantesca y maravillosa, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus altos que asombran, sus tenacidades que repugnan, sus fuerzas que adelantan, y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan, y sus apetitos que devoran; la tierra, pintoresco circo inmenso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices brillantes y chispas fúlgidas, saltan, revolotean, lucen y perecen; la tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley del amor y la ley del odio. Ha vencido esta vez la ley del amor.³⁷

Entonces, los dos niveles dentro de los que fluctúa intermitentemente la dialéctica del discurso cronístico martiano podrían resumirse brevemente así [1-2(a-b)]:

1. Discurso fenoménico de la noticia
2. Discurso ético:
 - a. subdiscurso del encomio
 - b. subdiscurso didáctico

El proceso de producción literaria que, por un instante, he intentado analizar al señalar sus estratos, obedece al esfuerzo intelectual de Martí por adecuar la expresión propia al público latinoamericano que la recibe. Ciertamente el abaratamiento del periódico no llegó al nivel masivo que encontró en Estados Unidos a fines de siglo. El público lector latinoamericano tampoco gozó de la homogeneidad económica mínima del nivel de vida del ciudadano neoyorquino. Por ello la crónica martiana, dirigida a un grupo financieramente selecto, se abre paso a veces con un fin didáctico más explícito. Así lo anota en su crónica del 12 de junio de 1885 en la que vuelve a asomar la cabeza el animalismo literario junto a un esbozo cubista del cuerpo humano:

Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aurevilly en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis hasta los patagones.

³⁷ Martí, *Obras completas...*, vol. XIII, pp. 221-222.

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náusea consiguientes, en una civilización rudimentaria. El choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ¡hondo y de prisa!, de nuestras condiciones peculiares de vida.³⁸

Es ante esa audiencia que a fines de julio de 1888 el narrador anagnórico se revela completo al mostrar su ser anticonformista, rebelde y despierto, incapaz de ser engullido por el espíritu ahormador de la época, ya sea masculino o femenino. El discurso se torna eminentemente didáctico:

[...] ¡estos revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los globos de papel, que se queman en cuanto suben por el aire, o como las damas de salón con los falderos llenos de tufos, pompones y cintajos!³⁹

En esta misma crónica de 1888, la proclama de la voz narrativa orienta y educa el impulso inquisitivo del lector latinoamericano, exhibiendo su lógica final: por su grandeza el héroe puede darse el lujo de ser *dandy* pero el *dandy* nunca queda autorizado a ser reconocido como héroe. Sienta a su mesa (y a la del agnóstico acaudalado Courtland Palmer) soldados y poetas. Llegan Washington, Bolívar, Lafayette, Emerson y Holmes:

¡Por supuesto que no pierde nada la libertad con vestirse en lo de un buen sastre y unir al mérito de la virtud el de la buena crianza! No basta saber llevar la levita para ser cómplice nato de los tiranos. La levita no es un pecado, ni la casaca tampoco. Washington, Bolívar y Lafayette eran tres *dandys* perfectos. Una arruga en un pantalón ponía a Bolívar fuera de quicio; Lafayette era un espejo de caballería, y gran perito de galanteos y danzas; Washington le echaba los platos a su despensero cuando le traía el vino picado. Courtland Palmer, en cuya casa tenía asiento propio todo el que pensaba con vehemencia, y mejor asiento mientras la vehemencia era más,

³⁸ *Ibid.*, vol. X, p. 261.

³⁹ *Ibid.*, vol. XIII, p. 352.

supo traer a sus salas, sin mentir, hoy con una visita de Emerson, mañana con una plática del poeta Holmes, a los que, a las pocas veces de oír hablar la verdad, le hallaron cierto encanto, y fueron perdiendo el primer miedo.⁴⁰

Para terminar de describir las fuentes de esta poética nómada, rebelde, de casco reluciente, habría que hacer referencia a los mentores. Así como Rafael María de Mendive fue tutor del joven José Julián, del mismo modo Mary Moody Emerson, tía por parte de padre, guió intelectualmente al joven Ralph Waldo. Al respecto, es significativa la nota que ofrece Carlos Baker en su libro *Emerson Among the Eccentrics*, indicando el carácter “israelita” promovido por ella en su sobrino:

En el año de 1822, un año después de terminar la universidad, Emerson elogió al “beduino” árabe por haber preservado a pesar de los siglos “su independencia israelita salvaje”. Al cabo de diez años sus criterios reflejaban los de un israelita contemporáneo. Se desprendió del yugo de las opiniones de los hombres y le dijo a su tía María que sólo podría hacer bien su trabajo “abjurando” las costumbres custodiadas por otros. Su frecuente socia epistolar, Mary Moody Emerson, la hermana de su padre, no era únicamente la más excéntrica de sus parientes, sino tan fieramente independiente que se hubiera podido adjudicar las cualidades israelitas como suyas propias [...] Antes y después ella sobresalió en la mente de Emerson como el epítome del anticonformista.⁴¹

Por otra parte, es el mismo Martí, entrado el año de 1888, quien abiertamente se encarga de consagrar a Cervantes y a Emerson como los dos grandes fundadores literarios. Al comentar las “Seis Conferencias” de José Varona, dice que el autor cubano “pone de relieve, con perspicacia singular las semejanzas poco visibles del idealista Emerson y su pueblo mercader, o labra con oro de ley la corona que merece el sublime Cervantes”. Y después procede a hermanarlos dedicándoles a ellos los párrafos más distinguidos de su comentario. Son evidentemente Emerson y Cervantes quienes cohesionan intelectualmente el elogio martiano a Varona:

⁴⁰ *Ibid.*, p. 353.

⁴¹ Carlos Baker, *Emerson Among the Eccentrics*, Nueva York, Penguin Books, 1996, p. 17.

Emerson aparece menos radioso acaso de como por sus versos de esfinge rescatada se revela; pero allí está con sus ojos azules y porte imperial, con su paso de cumbres y filosofía de estrella, con el acuerdo imponente de su espíritu puro —testigo de lo universo— y la maravilla espiritual y armónica de la naturaleza, donde diez años antes que Darwin vio al gusano, en su brega por llegar a hombre, “ascendiendo por todas las espiras de la forma”. Y Cervantes [...] ¡Ah! Cervantes no es como aquel Lope de Vega prodigioso y vil de las cartas inverecundas al de Sessa, ni vocero de glorias de su rey Felipe, que no fue cual lo forjan Núñez de Arce y Moüy, sino como Gachard y Motley y nuestro Güell lo pintan: Cervantes es el que *La verdad sobre el Quijote* de Benjumea dice, y en el Alonso de Quijano mismo, con bondad de santo que tenía a Panza por cilicio, se demuestra: Cervantes es, en el estudio intachable del escritor de Cuba [Varona], aquel temprano amigo del hombre que vivió en tiempos aciagos para la libertad y el decoro, y con la dulce tristeza del genio prefirió la vida entre los humildes al adelanto cortesano, y es a la vez deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la historia.⁴²

⁴² Martí, *Obras completas...*, vol. V, p. 120.